



“¡Champagne... Champagne!...” Alzábanse las copas á su paso.



VI

La Boda de Belisario.

Hacia apenas ocho días que vivía Jack con su madre, cuando una tarde fué Belisario á esperarle á la salida del taller, con cara de júbilo.

—Estoy muy contento, Jack. Tenemos por fin un compañero. La señora Weber lo ha visto y le gusta. Es cosa hecha. Vamos á casarnos.

Ya era tiempo. El desgraciado adelgazaba, sobre todo, viendo que pasaba el verano, y que la llegada de los limpiachimeneas y las castañeras aplazaría aún su felicidad, pues para aquel vendedor ambulante estaban las

estaciones personificadas por los nómadas de la calle, del mismo modo que lo son para la gente del campo las aves emigradoras. Demasiado sumiso al destino para quejarse, lanzaba su grito de: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!" con una tristeza que daba ganas de llorar. De ahí proviene, sin duda, la melancolía que toman en ciertos días esos gritos de París, traduciendo en palabras indiferentes todas las inquietudes, todos los dolores de una existencia. Sólo el tono es significativo en esas canciones, siempre iguales. Pero buscad cuántas maneras hay de gritar "¡traperos!" y ved si la llamada valiente de por la mañana, se parece á la de la noche, á la melopea cansada, afónica, descorazonada que lanza maquinalmente el vendedor al volver á su casa. Jack, que había sido la causa involuntaria del disgusto de su amigo, se alegró casi tanto como él al saber la buena noticia que le anunciaban.

—¡Hombre! De buena gana vería yo á ese compañero.

—Ahí está, dijo Belisario, designándole á algunos pasos un gran diablo con traje de trabajo, en mangas de camisa, con un martillo sobre el hombro y un delantal de cuero arrollado debajo del brazo. La cara, notable por la insignificancia de sus facciones, adormilada, iluminada por un reflejo de botella, ocultábase á medias bajo una barba abundante, la barba enmarañada, sucia, descolorida, de aquel antiguo comensal del Gimnasio **Moronval**, á quien llamaban los Fracasados "el hombre que ha leído á Proudhon." Si los parecidos físicos tienen entre sí relaciones morales, el nuevo compañero de Belisario, llamado Ribarot, no debía ser un hombre malo, sino un perezoso, sentencioso, pretencioso, ig-

norante y borracho. Guardóse muy bien Jack de comunicar tan pésimas impresiones al vendedor ambulante, que contemplaba con placer su nueva adquisición, prodigándole sin motivo fuerfes apretones de manos. Además, como la señora Weber había dado su aprobación, pues era lo principal. Verdad es que la buena mujer había hecho lo que Jack: viendo tan feliz á su enamorado, no se había atrevido á ser exigente, y pasando por encima de un exterior defectuoso, contentóse con aquel compañero, á falta de otro.

Durante la primera quincena que precedió al matrimonio, qué alegres "¡sombrosos, sombrosos!" retumbaron en los patios obreros de Menilmontant, de Belleville, de la Villette! Era sonoro y alegre, un verdadero despertar de gallo triunfante y claro, algo así como el antiguo "¡himen!" ó "¡himeneo!" traducido por una boca ignorante. Después llegó el hermoso día, el gran día. A pesar de cuanto pudo decir la señora Weber, había querido Belisario hacer las cosas grande, y vació su gran bolsa de lana encarnada. Pero ¡qué boda! ¡Qué de esplendores!

En la burguesía, en general tómake un día para el matrimonio civil y otro para la ceremonia religiosa; pero el pueblo, que no tiene tiempo que perder, acumula todas las ceremonias, las lleva á cabo á un tiempo y escoge casi siempre el sábado para tanta molestia, de que descansará el domingo. Hay que ver las alcaldías de los suburbios en ese día consagrado. Desde por la mañana, los simones se detienen en la puerta, llénanse de desfiles más ó menos largos los polvorientos pasillos, esperando durante horas en la gran sala común. Mézclanse todas las bodas, hacen conocimiento los

muchachos convidados, y van á beber copitas; miranse las novias, se analizan, mientras que los parientes, fastidiados por el mucho tiempo que esperan, hablan entre sí, pero en voz baja, pues á pesar de todas sus fealdades, la desnudez de sus paredes y la insulsez de sus carteles, la municipalidad impresiona á esas pobres gentes. El terciopelo raído de los banquillos, la altura de los techos, el ujier con su cadeneta al cuello, el teniente alcalde, solemne todo, les aterroriza y les divierte. Háceles la ley el efecto de una gran señora desconocida, invisible, que los recibe en sus salones. Debo decir que entre los innumerables desfiles que atravesaron el reducido patio de la alcaldía de "Menilmontant" aquel bienaventurado sábado, la boda de Belisario fué una de las más brillantes, aunque le faltaba ese vestido blanco de la novia que hace que se asomen á la ventana todas las mujeres y se agolpen en grupos curiosos todos los desocupados de la calle. La señora Weber, en su calidad de viuda, llevaba un vestido de un azul chillón, de ese color de añil á que tan aficionadas son las mujeres que gustan de lo positivo; un chal alfombrado, doblado sobre el brazo, y una suntuosa cofia adornada de cintas y flores que revoloteaban por encima de su cara reluciente de auvernesa bien lavada. Acompañaba al padre de Belisario un vejete amarillo, con nariz en forma de gancho, movimientos vivos y perpetuos golpes de tos, que su nueva nuera trataba de calmar dándole vigorosas frotaciones en la espalda. Aquellas fricciones turbaban la majestad de la boda, interrumpida á cada momento en su marcha, mientras se estrechaban entre sí las parejas esperando el final de cada golpe de tos.

Venía después Belisario, dando el brazo á su hermana, la viuda de Nantes, con las narices como su padre, cazorra, y con el pelo crespo. En cuanto á él, no le habrían reconocido sus parroquianos. El pliegue de terrible sufrimiento que surcaba sus mejillas de cada lado, su gruesa vena bien hinchada en medio de la frente, aquella boca siempre abierta y diciendo "¡ay!" sin hablar, nada existía ya de todo aquello; y con la cabeza erguida, casi hermoso, adelantaba orgullosamente, uno delante de otro, enormes zapatos lustrados, zapatos á la medida, hechos expresamente para él y tan largos, que le daban el aspecto de un habitante del Zuiderzee, calzado con sus patines de invierno. ¡Pero no importa! Belisario ya no sufría; tenía la ilusión de un par de pies nuevos, y una doble felicidad hacía resplandecer su rostro. Llevaba de la mano al niño de la señora Weber, cuya gruesa cabeza estaba aún exagerada por uno de esos rizados extravagantes, que son la especialidad de los peluqueros del suburbio. El "Compañero," á quien costó trabajo hacerle abandonar por un día su martillo y su delantal de cuero; el panadero, patrono de la señora Weber, y su yerno, notables ambos por el enorme cordón rojo que formaban sus cuellos vigorosos entre el pelo cortado al rapé y el paño del cuello, ofrecían una sucesión de levitas grotescas, señaladas con todas las arrugas del armario, de donde raramente salían, y rígidas en las mangas, en donde no había señal de codos.

Después venía el matrimonio Levindré, los hermanos y hermanas de Belisario, vecinos, amigos; por fin, Jack y su madre, pues la señora de Barancy había consentido en honrar la comida con su presencia, pero sin ha-

berse podido determinar á seguir la boda durante todo el día.

Después de la ceremonia de la alcaldía, después del interminable esperar, acompañado de dolores de estómago, pues hacía ya tiempo que habían dado las doce, púsose en marcha el cortejo para ir á tomar el tren en la estación de Vincennes. La comida tendría lugar en Saint-Mandé, en la avenida de Bel-Air, en una fonda cuyas señas tenía aún Belisario en su bolsillo y decía: "Bodas y festines." Cuando llegó la boda de Belisario, no estaba aún libre el salón, y mientras tanto, fueron á dar una vuelta al rededor del lago de Vincennes, ese bosque de Boloña de los pobres. Muchas otras bodas, ya hartas de comida, ó alrededor de mesas al aire libre, esparcían sobre el verde césped vestidos blancos, trajes negros, uniformes; y, en efecto, en esas fiestas siempre hay un colegial, un militar de uniforme. Toda aquella gente reía, cantaba, se divertía, tragaba, con gritos, carreras, bailes en torno de un organillo. Los hombres se habían puesto sombreros de mujer, y las mujeres sombreros de hombre. Veíase detrás de los setos, partidas de gallina ciega, en mangas de camisa, parejas que se besaban ó alguna señorita arreglándole á la novia algún volante descosido.

¡Oh! Esos vestidos blancos, almidonados, azulados, ¡con qué ánimo los dejan arrastrar sobre la hierba las pobres muchachas, figurándose ser, durante un día, unas señoras muy elegantes! Eso es lo que busca, sobre todo, el pueblo en sus placeres: una ilusión de riqueza; pasar de su condición social á la de los envidiados, de los felices de la tierra.

El vendedor y su boda paseábanse melancólicamente entre el polvo y el ruido de aquella "kermesse" del himeneo, atracándose de bizcochos mientras llegaba el festín tan deseado. No carecían ciertamente de elementos de alegría, y ya lo verían luego; pero, por el momento, el hambre paralizaba toda expansión. Por fin, uno de los miembros de la tribu Belisario, despachado momentos antes para traer noticias, vino á anunciar que todo estaba dispuesto, que no faltaba más que sentarse á la mesa, y pronto tomaron el camino de la fonda.

Estaba puesta la mesa en una de esas grandes salas separadas por tabiques móviles pintados de colores insignificantes, adornados con espejos y molduras siempre iguales. Oíase muy bien lo que pasaba de una á otra pieza; las risas, los choques de vasos, y las llamadas de los mozos, y los timbres impacientes. Con el cálido vapor que allí reinaba y el jardincillo bajo las ventanas, habríase uno creído en algún gran establecimiento de baños. Aquí, como en la alcaldía, fueron presa los convidados de un temeroso respeto ante aquella gran mesa servida, adornada en las dos puntas por un ramo de azahar artificial y otros caprichos, todo ello inmutable, preparado para bodas permanentes, ensuciado por generaciones de moscas que iban á posarse allí, á pesar de los servilletazos de los mozos. Mientras esperaban á la señora de Barancy, que no llegaba, se sentaron.

Quería el novio ponerse al lado de su mujer; pero la hermana del nantés dijo que aquello ya no se hacía, que no era decente, que había que colocarlos uno en-

frente de otro. Y aquello se hizo, pero después de largo debate durante el cual el viejo Belisario, volviéndose hacia su nueva nuera, le preguntó con voz muy desagradable:

—Vamos á ver: ¿cómo se arregla eso? ¿Usted cómo se las compuso con el Sr. Weber?

Así interpelada, la repartidora de pan contestó muy tranquilamente, “que ella se casó en su tierra, en una granja, y que hasta ella misma sirvió la mesa.”

Por lo visto, no dió resultado la malicia del viejo, pero fácil era ver que no estaban contentos los Belisarios, y que no serían suficientes los esplendores de la comida para volverles su alegría, casándose el mayor, pues ya se acabaron las gangas.

Al principio, cada uno comía en silencio, primero porque tenían mucha hambre, y también por cierta intimidación causada por el servicio de aquellos señores de frac, á quienes trataba Belisario de desarmar con su buena sonrisa. Tipos singulares, esos mozos de los alrededores de París, ajados, consumidos, desvergonzados, con sus barbillas afeitadas, cayéndoles sus grandes patillas y dejando ver la boca, lo cual les da expresiones irónicas, severas, administrativas. Habriase dicho perfectos destituidos y reducidos á trabajos humillantes.

Lo curioso era el aire desdeñoso con que miraban á todos aquellos infelices, gente de poco, convidados á una boda á duro por barba. Esa cifra enorme de un duro, que cada invitado repetía con admiración y envolvía en una hermosa aureola á aquel Belisario capaz de gastarse veinte duros de un golpe en su boda, llenaba á los mozos de un profundo desprecio, traducido

por gestos entre ellos y una impasible seriedad con los convidados. Tenía belisario á su lado á uno de aquellos señores, que le aplastaba de santo terror; otro, plantado enfrente, detrás de la silla de su mujer, fijábale tan desagradablemente que el vendedor, para sustraerse á aquella vigilancia, había cogido la lista colocada á su izquierda y no hacía más que leerla y releerla. ¡Cómo deslumbraba aquella lista! Entre ciertas palabras familiares fáciles de reconocer, tales como “patos,” “nabos,” “solomillo,” “judías,” erguíanse epítetos grandiosos ó barrocos, nombres de ciudades, de generales, de batallas, “Marengo,” “Richelieu,” “Chateaubriand,” “Barigoule,” ante los cuales Belisario, como los demás convidados, permanecía estúpido. ¡Y pensar que iban á comer de todo aquello! ¿Y se figuran ustedes la cara de aquellos desgraciados cuando les presentaban dos platos de sopa: “bisque ó puré de Crecy,” dos botellas de vino de España, “Jerez ó Pajarete?” Como en esos juegos de sociedad en los que os dan á escoger entre dos nombres de flores, bajo los cuales hay apuestas imprevistas. ¿Cómo decidirse? Cada uno titubeaba, luego manifestaba su elección al azar.

Verdad es que importaba poco la elección, pues los dos platos contenían la misma agua tibia y dulzona, y las dos botellas eran un solo y único licor amarillo ó turbio, un extraño enjuague que le recordaba á Jack el jarope del Gimnasio Moronval.

Cruzaban los convidados miradas asustadas, acechaban á los vecinos para ver cómo se las componían ellos, qué vaso, entre aquéllos de formas tan raras, era el que había que presentarle al mozo. El “compañero” salía del apuro bebiéndolo todo en el mismo, en el más

grande. Pero de todas maneras, tantas inquietudes y tanto malestar habían echado un frío excesivo en el principio de aquella comida-ilusión. La novia fué la primera que se sobrepuso á aquella ridícula situación. La excelente mujer, en quien un razonamiento muy justo daba el verdadero sentido de las cosas, dióse ánimo á sí misma dirigiéndose á su hijo.

—No estés á disgusto, nene, decía ella; no estés á disgusto: come de todo. Bastante caro nos cuesta para que nos regalemos.

Aquella palabra, llena de sabiduría, produjo su efecto en aquella asamblea, y pronto un formidable ruido de mandíbulas y de risas circuló por la mesa, en donde pedían mucho la cesta del pan. La tribu Belisario era la única que hacía contraste en medio de la alegría general. Los jóvenes cuchicheaban, reíanse cazarraamente; el viejo hablaba muy alto, con voz autoritaria, y reíase con risa irónica mirando á su hijo, quien le demostraba, sin embargo, mucho respeto, y no cesaba de recomendar á la novia "el plato del padre," "el vaso del padre."

Al verles reunidos á todos allí, rapaces y feroces, preguntábase cómo la señora Weber había podido sustraer su pobre vendedor ambulante á aquella rapacidad. Fué preciso toda la magia del amor para llevar á cabo aquella revolución; pero ya era un hecho ahora, y sentíase la buena mujer bastante fuerte para asumir aquella gran responsabilidad, para afrontar las antipatías, los rencores, las alusiones mal intencionadas que giraban ahora en torno suyo, pero sin impedirle sonreír á todos con su ancha cara, llenando el plato de su hijo: "¡No estés á disgusto, nene!"

Ya principiaba á animarse el festín, cuando oyóse

un ruido de seda, y la puerta se abrió de par en par, para dejar entrar á Ida de Barancy, presurosa, sonriente, encantadora.

—Os pido me dispenséis, buenas gentes, pero tenía un coche que no andaba: ¡y luego está esto tan lejos! He creído que nunca llegaría.

Se había puesto su más hermoso vestido, feliz con poderse vestir, pues desde hacía un mes faltábanle ocasiones para exhibir sus trajes.

Produjo un efecto extraordinario.

Su manera de sentarse al lado de Belisario; el cómo puso los guantes en un vaso, su manera de indicarle á un mozo que se acercara para presentarle la lista, todo eso sumió en admiración á la asamblea.

Había que ver cómo los zarandeaba á aquellos mozos tan desdeñosos, tan solemnes.

Reconoció á uno de ellos, aquel que aterrorizaba á Belisario, pues le había ella visto en una fonda del boulevard en la que cenaba algunas veces con D'Argenton al salir del teatro.

—¿Y usted está aquí ahora?... Vamos á ver, ¿qué va usted á darme?

Reíase en voz alta, alzando los brazos para que se le vieran las manos más blancas, sacudía sus pulseras mirándose en el espejo que había enfrente de ella, y enviaba con la punta de los dedos un saludo á su hijo. Luego pedía un taburete, agua de Seltz, hielo, como quien conoce á fondo los recursos del restaurant.

Mientras hablaba ella, reinó un profundo silencio alrededor de la mesa, como al principio de la comida. Fuera de los jóvenes de la familia de Belisario, absortos en la contemplación de las pulseras de Ida, que sus relu-